

ERA la primera corrida de primavera, la nueva inauguración del mundo. Si bien resultaba un poco desflorada por la corrida política de marzo, no tenía par por la belleza del día, de gran colcha azul, de colcha nueva en una boda renovada.

La sangre de la ciudad se agolpaba en las principales arterias y al fondo quedaban roales claros, pedazos de barrio como en un alba de las tres de la tarde, como en una deserción después de declarada la peste en la ciudad.

Todo el peregrinaje iba confluendo en las vías principales, y los coches de las grandes bodas recogían gente al grito de: "¡A la plaza! ¡A la plaza! ¡Eh!" Todos los coches de las estaciones estaban también preparados y las diligencias antiguas tenían escondido su ruido de cristales para soltarlo en cuanto el carruaje se pudiese en marcha. Disimulaban que tenían llantas de hierro que levantarían chispas con que podrían encender sus pitillos los transeúntes sin cerillas, y sobre todo, esos pobres que se arrastran sobre las losas porque tienen cercenadas las piernas.

Por en medio de la gran comitiva, los automóviles de alquiler, deseosos de ir y volver cinco veces a la plaza aprovechando los minutos, eran como cohetes que buscaban con su zigzag de buscaplés los intersticios entre todos los vehículos en marcha.

También corrían con locura los que se habían comprado un auto nuevo, para estrenarlo en la corrida.

En esa movimentación de la cuesta, siempre llega un momento en que parece que la cuesta es la que sube, galopante, rampante, milagrosa.

Algún picador que pasaba de refilón era como cuando en la monotonía de los naipes sin figura aparece un caballo. Matizaba a la multitud. Era el personaje suelto de la farsa verdadera que se va a representar. Pasaba al margen, y sin embargo se le veía plenamente. Iba sin pica, y aquel caballo en que montaba no era el caballo para las batallas, sino su caballo de recreo. Nadie le saludaba, y así era el héroe que pasaba de extranjería. Coronel sin su tropa y fuera del campo de batalla, era como un antiguo majo de a caballo que iba al espectáculo sólo como espectador.

Cada vez se abigarraba más el conjunto de los que subían la cuesta.

Los hombres de nariz larga eran los que iban con más prisa y velocidad. Escalaban el camino subiendo de dos en dos una escalera.

Más diligencias camino del pueblo de la plaza, y en sus alturas los clásicos de las bacas. Parecía que todos buscaban una romería que no acababa en un pueblo, sino en la arandela del gran cirio del día, en una gran sortija de gentes.

Un automóvil amarillo adelantaba a todos los demás, como si tuviese derecho a eso por ir pintado de un color propicio a la tarde. Los "cuarenta caba-



LA PRIMERA CORRIDA

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA



los" se desmetamorfoseaban y aparecían como con sus cuarenta caballos enjaezados con correas claras y cascabeles nuevos.

En raudito milord, que hacía competencia a los automóviles dos mujeres de mantilla blanca iban dejando detrás de sí prospectos de la fiesta, prospectos calados como encaje de mantillas.

—¡Ahí va el presidente del Consejo!, gritaron desde un grupo, señalando un coche como barca de charol.

—¡El presidente! ¡El presidente!—murmuró toda la multitud.

Pero la rapidez del coche era como la de la película, que no se puede detener, y en la que lo que es segundo término, en la confusión de los trenes que pasan, no se puede distinguir apenas.

—¡La Chelito! ¡Ahí va la Chelito!

Y unos brillantes muy lavados con bicarbonato y montados en platino sonrieron en larga sonrisa que se esfumó.

—¡Caracho y su cuadrilla!

Y pasó la Manuela, que tiene algo de cochecillo de los niños toreros. Iban apiñados bajo el toldo los compañeros de brega. ¿Preconizaban lo que iba a pasar? No; hablaban de cosas muy lejanas al suceso.

Para evitar que nadie se subiese al estribo, el mozo de estroques de Caracho iba subido en su repisa, atento a las conversaciones como chico del pueblo.

¿Podrían caber en la plaza tantas gentes como iban buscando sus asientos? Acomodo de cementerio tiene la plaza cuando admite público tan inacabable.

En la proximidad de la plaza se notaba sobre ella una vitalidad parecida a esa luminosidad que gravita sobre las grandes ciudades en la noche... Una palpitación nerviosa del éter rutilaba sobre el alto brocal.

Hay gentes fuera que parece que quieren entrar a viva fuerza y discuten porque no les dejan. Se presiente el matadero alegre frente a los matadores tristes.

En el interior se ve que es un gran día y que allí están aliados los que tienen cinco pesetas, quizás las últimas, quizá las que se mezclan a los serones cuantiosos de las grandes fortunas.

Todo el conjunto de gentes tenían un lentejuelo de voces. La revista de la afición se celebraba con la presencia de todos los vivos.

Los últimos hombres con bigote asistían a la plaza; casi todo el censo de hombres con bigote.

Los sombreros echados hacia atrás daban expectación y pachorra a los del tendido.

Las patillas entrecomilaban a los espectadores castizos.

—¡Falta el pobre don Manuel!—se lamentaba el del tendido número 6.

—¡Hacía cuarenta años que no faltaba a una corrida!—aseveraba otro vecino.

En otros rincones de la plaza se notaban otras ausencias y había las necrologías de turno.

Y el primer toro salió. Se llamaba "Empeinado", era negro zaino, bien puesto de cuerna, fino de remos, con divisa color fuego.

Había brotado de la capilla oscura y se encontraba una plaza llena de sol. No veía, pero estaba deseoso de correr.

Cairel le dió el primer capotazo, componiendo una rosa roja con el aire armónico que da al capote el retirarlo y volvérselo a dar al toro.

Caracho, en plena emulación, le dió una revolera, describiéndola como un geómetra. Toda la plaza se puso en pie aplaudiendo para sacarle del gesto de estatua con que se quedó frente al toro, que al sentir los aplausos quiso arremeter contra el torero.

En el valle del mundo se repetía la primera lucha del hombre con el bisonte; la primera lucha, que será la última, si no con el bisonte, con el último hombre, que querrá arrancar su tizón al penúltimo.

El primer picador fué acometido por el "Empeinado", como en venganza de no haber podido atravesar a Caracho. "Toma cornada, toma tripita—parecía decirle al caballo—, para que vea ese torero lo que hubiera hecho con él si lo agarro."

La pica había entrado hasta la arandela, y el picador parecía sostener al toro para que no metiese la cabeza en el caballo y se enmascarase con su piel.

Por fin se separó, y el picador, sin desmontarse del caballo, que se había quedado rígido, como de cartón, miró la punta de su lanza para ver si se había apagado el pabito de su largo cirial.

La trompeta del cambio de suerte sonó conminativa.

Pero al entrar a banderillar, el banderillero de Cairel, Doradito, le dijo, asustado de aquel toro imponente, con cuernos de toro prehistórico: "¿Quiere usted algo para su señora?". Cairel no tuvo más remedio que sonreír y entró en el sector alegre.

Las banderillas fueron puestas sin sentirse, pues se esperaba al matador. Sólo se vió que el toro quedaba cargado de palitroques de feria y era como altar mayor de la fiesta, pareciendo también su morrillo lleno de banderillas de almohadilla empallada del encaje de bolillos, y el ruido que producían los palitroques al entrechocarse era el del silencio de la encajera que trabaja. El pobre sacaba una gran lengua de ahorcado y quería lamerse las heridas.

Cairel se fué al toro después de un brindis taquigráfico. Estaba preocupado, pues creía que todo iba a depender en el futuro de la temporada de que entrase con buen pie en esta corrida.

Avanzó con la muleta recogida, como quien lleva un candelabro envuelto en un trapo, y la espada como si fuese a la guerra.

Con la muleta paró en su carrera a aquel toro, que parecía una alta motocicleta sin jinete, corriendo además como corren las motos, muy torcido de un lado.

Cairel estuvo bien en él, aunque después de una serie de pases interrogantes, levantando muy alta el halda de la muleta y como adelantándose a saber si era muerte o toro lo que iba a salir de debajo—¿cuerno o guadaña?, ¿guadaña o cuerno?—, lució plenamente su defecto de apuntar con la espada como si fuese una escopeta, y le dió una estocada hasta la bola que le cortó los sostenes y le hizo caer de rodillas frente al torero, como pidiéndole perdón encima por lo que le pudiera haber ofendido.

Los pañuelos hacían señas al presidente para que se le concediese la oreja, y el presidente concedió el corte que daba al torero el mejor bocado para el cocido.

—¡Y el rabo! ¡También el rabo!—gritaba un admirador desafortunado.

El presidente saludaba a unas señoras del palco de al lado y la petición se perdió por eso en el vacío.

En el público se produjo la actitud de descanso de los que ya han vuelto a ver lo que deseaban volver a ver. Todos habían tomado parte en la liturgia completa de un toro. Ya todo el espectáculo iba a ser repetición de lo ya visto. Ahora es cuando había que encontrar la diferencia y la variedad entre unos toros y otros.

Los mantones blancos envejecían la tarde; pero los negros de fleco largo dejaban caer su melena sobre todos y parecía que se sentían sus crechas en la nuca del público.

Abundaban los ex diputados—sentarse en los tendidos es como una vuelta a cuando tenían acta—, los que tienen un buen empleo, los propietarios y muchos sastres. Los sastres descansan en la fiesta nacional de hacer durante días y días tantos gestos mímicos sin sentido, pues después todas las medidas son otras. Están cansados de hacer trajes que se necesitan para la corrida del domingo, y van con sus americanas cortas y sus pantalones de pesca a ver cómo se da la tarde. Frente a sus grandes tijeras, entreabiertas como cuernos en su mesa de corte, han estado pensando toda la semana en esta corrida. En aquel momento no son sastres, sino compañeros de los dioses en el paraíso de la plaza.

También se destacaban esos señores sin chaleco que se ponen a hablar con el de atrás mientras fijan su mano izquierda como en la sisa del chaleco y se abanicen con su mano derecha. En los toros no pueden tener rubor de enseñar toda la vuelta de circunvalación del pantalón sobre sus grandes barrigas. A algunos se les sale la pitusilla de la camisa, apéndice blanco con un ojal que los iguala a los niños que riegan de rubio los jardines.

Se abrió de nuevo el toril y salió el segundo toro, "Mordaz" negro chorreado y bragado.

Caracho, después de estudiarlo en los regentes de prueba con que le iluminaba su cuñado, se lanzó al triunfo, y arrodillándose en los tercios de la plaza con el capote cogido con ambas manos y señalando la salida hacia el lado de las tablas, atrajo al toro hacia sí, y cuando lo vió cerca cambió la dirección hacia los medios y sacó rápidamente la capa por debajo del

hocico de "Mordaz". Una ovación indescriptible coronó el arrodillamiento de fusilado con que se hizo héroe Caracho.

Los picadores estuvieron desacertados con aquel toro, que en vez de cornear a los caballos los levantaba como si fuera romana para su peso.

Mató a dos por compromiso y sin tomar varas, pues todas resbalaban por su piel, encerada y brillante.

En vista de eso, y como sólo había tomado dos puyas leves, fué decretado el bombardeo.

Las banderillas de fuego encendieron su pirotecnia en el toro y en seguida se levantó un tufo de filete a la parrilla. Cuando descuartizasen al toro, ese pedazo ya asado sería el bocado favorito para ese sibirita que busca el "rosbif socarrado a las banderillas de fuego".

El toro, desconcertado y sollamado huía de sí mismo huyendo de los petardos, hasta que en una de sus huidas tropezó y se cayó, levantándose bravo y dispuesto a vengarse del desaire, avergonzado de su mala pata y como si se dijese: "¿Qué dirán de mí? Ahora tengo que quedar como un valiente".

La trompeta de órdenes tocó a matar. Cesó el fuego, y Caracho, después de lanzar un brindis a un rico abonado, se dirigió al toro como abanderado que va a tomar una loma.

El toro, que encontró en él al responsable que pedía, dirigiendo súplicas al cielo con su media lengua, se arrancó sobre Caracho, que le dió un pase de primera, recogiendo a continuación, ya más prevenido, con una serie de pases naturales que causaron el frenesí de la concurrencia.

Después lió la flámula y le dió una estocada en los mismísimos rubios, en el resorte de la muerte instantánea, con un volapié estupefaciente, metiendo la espada hasta el pomo, aunque más dentro hubiera llegado si no tuviese sus largos gavilanes.

La plaza dió un respingo, como si fuese la barquilla de un globo que comenzase a elevarse, y un chaparrón de aplausos premió la hazaña y comenzaron a saltar en el ruedo los peces de los puros. Toda la sombrerería del público comenzó también a caer en el estanque de arena; una dama le tiró su mantón de Manila y otra le arrojó con arrebatos los claveles de su pecho.

Los pañuelos salieron con fuerza de arma blanca de los bolsillos, pidiendo al presidente las dos orejas y el rabo para Caracho.

Algunos admiradores de Cairel comenzaron a gritar:

—¡Lo que al otro! ¡Lo que al otro!

—¡Merece las dos, sordera!—gritó el que sabe contestar a los coros.

—¡No, una! ¡Una, como a Cairel! ¡Una!

El presidente, por fin, concedió las dos en honor de Caracho, y así decidió la inclinación de la balanza de la tarde.

Otro rabo que se había salvado para los golosos que fueran por la noche a La Taurina.

Caracho seguía dando vuelta al ruedo y recogiendo las enhorabuena, los puros, los sombreros, un chal de señora, un zapatito de raso, una bota de vino, de la que tuvo que beber, etcétera, etc.

Aquel a quien había brindado el toro le tiró una cartera de piel que Caracho agradeció mucho, porque tenía mil pesetas entre forro y forro.

La plaza estaba contenta. El senado se sentía dueño de la vida y cimentado en la tarde espléndida.

El entreacto pasó más veloz porque ya había prisa. Todos tomaron a medias su vaso de agua porque el toro ya estaba en medio del tablero, y eso era como cuando en la estación de la sed sale el tren antes de que se haya terciado el vaso.

Ya los dos cabecillas necesitaban menos esfuerzos para quedar bien; habían perdido la incertidumbre y dejaban lucirse a sus cuadrillas. Ahora deseaban que el conjunto de la corrida resultase mejor y estaban menos obsesionados con ellos mismos.

EL desfile tenía cansancio y desengaño.

Se salía a una plazoleta llena de vendedores de cacahuetes, que los vendían para completar la indigestión de la corrida.

Las tabernas y los bares tenían recorridas sus cortinas blancas y sobre el cine mojado resbalaban las copas. Tenían algo de cantina de estación cuando ha llegado el tren interminable de los sedientos.

Diez mil sillones de miriñaques sin forro ofrecían sus mimbres a la romería.

Por un fenómeno extraño parecía que había menguado el público, como si hubiera víctimas en la plaza, víctimas de aburrimiento.

Se presenciaba un ocaso humano, todos con el sinsabor de los jugadores que han perdido en el juego.

Los picadores, sueltos, desperdigados, atravesaban el despeñen como fracasados y vencidos, como jinetes solitarios de un escuadrón diezmado y dispersado por el enemigo... Hufan... Hufan... Se veía que querían ocultar su éxodo.

Al entrar en la ciudad se sentía su contraste y cómo se había aprendido algo necesario en la vida: dar un regate a un automóvil, deshacer la añagaza de un amigo, luchar con cuernos hostiles por todas partes.

Al comenzar a pasar la verja del Retiro muchas manos jugaban con los barrotes, como varillas de ballena con el balaustal de las barquilleras.

Los árboles, altos y quietos, se defendían del vértigo de la multitud y adornaban su flanco izquierdo.

Aquel era el trecho reconfortante de la retirada, el sitio en que se curaba de su despeñarse el retroceso un tanto melancólico. Algo se apaciguaba al relato de lo visto, pensando todos en la serenidad de la vida que había estado resguardada en las plazoletas mientras ellos se divertían como energúmenos.

Por ser la primera corrida, todos, desentrenados, volvían con agujetas, las agujetas terribles del espectador de toros.

Volvían como del entierro de la tarde.

Los coches, sobre todo, se habían desperdigado como en los entierros.

(Fragmentos de El torero "Caracho".)